

LENIN EN EL CAMINO DE LA REVOLUCION

Conferencia de Amadeo Bordiga en la Casa del Pueblo de Roma, 24 de febrero de 1924.

Antes de nada debo advertir un par de cosas: mi intención no es seguir la pauta de las conmemoraciones oficiales, no haré una biografía de Lenin, ni contaré anécdotas sobre él. Intentaré trazar desde un punto de vista histórico y crítico marxista la figura y la labor de Lenin en el movimiento de emancipación revolucionaria de la clase obrera mundial: esta síntesis sólo es posible si contemplamos los hechos en una amplia perspectiva de conjunto, sin detenernos en los análisis particulares, periodísticos, a menudo chismosos e insignificantes. No creo que tenga derecho a hablar de Lenin, a petición de mi partido, por el hecho de "haber visto a Lenin" o por haber tenido la suerte de hablar con él, sino por haber participado en la lucha, como militante de la causa proletaria, por los mismos principios que Lenin personificaba. Por otra parte, ya se ha puesto a disposición de los camaradas un detallado material biográfico en toda nuestra prensa.

En segundo lugar, dada la amplitud del tema que se me ha propuesto, además de quedarme necesariamente corto, tendré que pasar rápidamente sobre cuestiones que son primordiales, dejando constancia de que estos planteamientos ya son conocidos por los camaradas que me escuchan: Lenin ha tratado todos los problemas del movimiento revolucionario. Así pues, sin pretender en absoluto argumentar en profundidad, no sólo tendré que ser breve, sino incluso excesivamente sintético.

EL RESTAURADOR TEÓRICO DEL MARXISMO.

No necesito exponer la historia de las falsificaciones y manipulaciones, durante los años que precedieron a la primera guerra mundial, de la doctrina revolucionaria marxista, tan admirablemente diseñada por Engels y Marx en todas sus partes, y cuya clásica síntesis ha quedado reflejada en el Manifiesto de los Comunistas de 1847. Y tampoco puedo desarrollar aquí, paralelamente, la historia de la lucha, que nunca cesó, de la izquierda marxista contra las falsificaciones y degeneraciones. En esta lucha Lenin aportó una contribución de primerísimo orden.

Lo primero de todo consideraremos la obra de Lenin como restaurador de la doctrina filosófica del marxismo, o expresándonos mejor, de la concepción general de la naturaleza y de la sociedad propia del sistema de conocimientos teóricos de la clase obrera revolucionaria, la cual no sólo necesita tener una opinión acerca de los problemas económicos y políticos, sino también una postura sobre todo un conjunto de cuestiones que ahora indicaremos.

En un cierto momento de la compleja historia del movimiento marxista, a la que volveré a hacer referencia más tarde, surge una escuela, capitaneada por el filósofo Bogdanof, que quería someter a revisión la concepción materialista y dialéctica marxista, para dar al movimiento obrero una base filosófica de carácter idealista y casi místico. Esta escuela quería que los marxistas reconocieran que las modernas escuelas filosóficas neoidealistas supuestamente habían superado a la filosofía materialista y científica. Lenin les respondió de modo definitivo con una obra (*Materialismo y empirocriticismo*) desgraciadamente poco traducida y poco conocida, publicada en ruso en 1908, en la cual, tras un poderoso trabajo de preparación, desarrolló una crítica de los sistemas filosóficos idealistas antiguos y modernos, defendió la concepción del realismo dialéctico de Marx y Engels en su brillante integridad, que supera la maraña en que se enredan los filósofos oficiales, y demostró por último que las escuelas idealistas modernas son reflejo del reciente estado de ánimo de la clase burguesa, cuya penetración en el pensamiento del partido proletario no responde más que a un estado psicológico de impotencia, de turbación, que no es sino la consecuencia ideológica de la efectiva derrota del proletariado ruso después de 1905. Lenin establece, de un modo que para nosotros no deja lugar a dudas, que "no puede haber una doctrina socialista y proletaria que parta de bases espirituales, idealistas, místicas o morales".

Lenin defendió el conjunto de la doctrina marxista en otro frente, el de la economía y la crítica al capitalismo. Marx dejó incompleta su monumental obra, *El Capital*, pero legó al proletariado un método de estudio y de interpretación de los hechos económicos que ha de aplicarse a los nuevos datos suministrados por el reciente desarrollo del capitalismo, sin desnaturalizar su potencialidad revolucionaria.

El revisionismo, sobre todo alemán, intentó hacer trampas en este terreno, elaborando "nuevas" doctrinas que constituían rectificaciones a la doctrina de Marx, en apariencia secundarias, pero en realidad sustanciales. Y decimos "hacer trampas" porque está demostrado (por Lenin mejor que por ningún otro) que no se trataba de meros resultados científicos objetivos a los que se habría llegado limpiamente, sino de un proceso de oportunismo político y de corrupción de los líderes del proletariado, que incluso empleaban el recurso de quitar de la circulación importantes escritos de Marx y Engels, cuyo pensamiento se intentaba en parte falsificar, en parte rectificar.

Colaborando con otros economistas, entre ellos Rosa Luxemburg y el Kautsky de los mejores años, en la continuación de la crítica económica de Marx, Lenin sostuvo en innumerables trabajos que los modernos fenómenos del capitalismo, los monopolios económicos, la lucha imperialista por los mercados coloniales, se explicaban perfectamente con la ciencia económica marxista, sin tener que modificar ninguna de sus tesis fundamentales sobre la naturaleza del capitalismo ni sobre la acumulación de sus beneficios mediante la explotación de los asalariados. En 1915 Lenin resumió estos resultados en su libro "*El imperialismo, fase superior del capitalismo*", obra de vulgarización que sigue siendo un texto fundamental de la literatura comunista: esta actitud teórica es el punto de partida de la lucha contra el oportunismo y la bancarrota de los viejos líderes en la guerra imperialista. Volveremos a ello más tarde.

En el terreno estrictamente ruso, Lenin también luchó contra los falsificadores burgueses del marxismo, que pretendían aceptar, no ya su contenido político revolucionario, sino su sistema y el método económico e histórico, para demostrar que en Rusia el capitalismo había vencido al feudalismo, ocultando apenas bajo esta adhesión sus intenciones de reprimir el posterior avance del proletariado.

Lenin, como hemos visto, se nos presenta pues, en su obra teórica, como el defensor de la indivisibilidad de las partes que componen la concepción marxista. Y no lo hace por fanático dogmatismo (nadie menos que él merecería esta acusación), sino fundamentando su demostración con el examen de una enorme cantidad de hechos y de experiencias, suministrados por su excepcional cultura de estudioso y militante, e iluminados por su incomparable genialidad. Debemos rechazar, como hizo Lenin, a todos los que se apresuran a usurpar "una de las partes" del marxismo, separándola arbitrariamente: ya sean economistas burgueses que se sienten cómodos con el método del materialismo histórico, como sucedía hace unos años; ya sean intelectuales ligados a las escuelas filosóficas del neoidealismo, que pretenden conciliar éste con las tesis sociales y políticas comunistas; ya sean camaradas que escriben libros para afirmar que comparten la parte "histórico-política" del marxismo, pero luego proclaman caduca toda la parte económica, o sea las doctrinas fundamentales para la interpretación del capitalismo.

Lenin ha analizado y criticado en varias ocasiones actitudes análogas, demostrando de manera brillante y "marxista" que sus auténticos orígenes se hallan fuera y en contra de los intereses del verdadero proceso de emancipación proletaria, y no menos brillantemente supo prevenir a tiempo las peligrosas consecuencias del oportunismo, que llevaba a pasarse a las filas enemigas, por vía más o menos directa, exceptuando a algunos camaradas que por supuesto permanecieron fieles a nuestra bandera. Siguiendo a Lenin, debemos responder a aquellos que se "dignan" a aceptar nuestras opiniones a título de inventario, con arbitrarias distinciones y divisiones extravagantes, que nos harían un gran favor si se ahorraran el trabajo de aceptar el "resto" del marxismo, pues en efecto la mayor potencia de éste radica en ser una perspectiva de conjunto, un reflejo, en la conciencia de una clase revolucionaria, de los problemas del mundo natural y humano, de los hechos políticos, sociales y económicos al mismo tiempo.

La obra restauradora de Lenin es más grandiosa, o por lo menos más conocida universalmente, en lo que respecta a la parte "política" de la doctrina marxista, entendiendo como tal la teoría del Estado, del

Partido, del proceso revolucionario, teniendo en cuenta que esta parte, que preferimos llamar "programática", contempla también todo el proceso "económico" que se abre con la victoria revolucionaria del proletariado. La brillante refutación de todos los equívocos, de los engaños, de la mezquindad, de los prejuicios de los oportunistas, revisionistas, pequeño-burgueses y anarcosindicalistas, adopta en este terreno una forma aún más apasionante y sugestiva. Lenin hizo añicos las armas polémicas de todos nuestros antagonistas, cercanos o lejanos: aquellos que aún las empuñan sólo demuestran su ignorancia, pues obvian ese vivo proceso que asume la lucha del proletariado que aspira a su liberación. Recorramos a grandes rasgos esta serie de tesis que son otros tantos fragmentos de realidad formulados en una doctrina insuperablemente cierta y vital. No tenemos más que seguir a Lenin: las tesis de los primeros congresos de la nueva Internacional, los discursos, los programas y las proclamas del partido bolchevique en el camino de la victoria, o en fin, la paciente y genial exposición de *El Estado y la Revolución*, en el que se demuestra como éstas siempre han sido las tesis de Marx y Engels, la auténtica interpretación de los textos clásicos y la verdadera comprensión del método y el pensamiento de los maestros, desde la primera formulación en el Manifiesto hasta las valoraciones de los acontecimientos en el período sucesivo, y sobre todo en de las revoluciones de 1848 a 1852 y la Comuna de París, una obra que acompaña el desarrollo histórico del proletariado mundial, que Lenin retoma y enlaza con las batallas revolucionarias rusas: la derrota de 1905 y la aplastante revancha doce años después.

El problema de la interpretación del Estado lo resolvió en el marco de la doctrina histórica de la lucha de clases: el Estado es la organización de la fuerza de la clase dominante que, nacida revolucionaria, ha adquirido posiciones conservadoras. Igual que ocurre en el resto de problemas, no se trata de considerar el Estado como un ente inmanente y metafísico que espera a que el filosofastro reaccionario o anarquizante le dé una definición, sino del Estado burgués, expresión de la potencia capitalista, del mismo modo que luego se tratará del Estado obrero, así como más tarde se tenderá a la desaparición del Estado político. Nuestro análisis histórico nos demuestra que todas estas fases se suceden dialécticamente en el proceso histórico, cada cual naciendo de la precedente y constituyendo su negación. ¿Qué las separa? Entre el Estado de la burguesía y el del proletariado sólo puede situarse la culminación de una lucha revolucionaria, en la que el partido político comunista guía a la clase proletaria, que vencerá al derribar con la fuerza armada al poder burgués y al constituir el nuevo poder revolucionario, que ejecutará ante todo la demolición de la vieja máquina estatal en su totalidad y organizará la represión, con los medios más enérgicos, de las tentativas contrarrevolucionarias.

A los anarquistas hay que decirles que el proletariado no puede suprimir inmediatamente toda forma de poder, sino que ante todo debe asegurar el suyo. A los socialdemócratas, que el camino al poder no es el pacífico camino de la democracia burguesa, sino el de la guerra de clase, y sólo ese. Lenin es nuestro maestro porque supo defender esta postura marxista tan falsificada: la crítica de la democracia burguesa; la demolición de la añagaza legalista y parlamentaria; la mofa, con el vigor sarcástico y corrosivo de la polémica que nos enseñaron Marx y Engels, del sufragio universal y de todas las panaceas parecidas. Estas posturas son armas para el proletariado y para los partidos que se mueven en el terreno del marxismo.

Afirmando de forma magistral los fundamentos de la doctrina, Lenin resolvió todos los problemas del régimen proletario y del programa de la Revolución. "No basta con tomar posesión del aparato estatal", dicen Marx y Engels comentando a muchos años de distancia el Manifiesto, tras la experiencia de la Comuna de París. Los oportunistas, empleando un "fraude" teórico que llegará a ser clásico, dirán que la economía capitalista debe evolucionar lentamente hacia el socialismo, mientras se prepara legalmente el poder obrero. Y sin embargo Lenin aclara que es necesario, "además" de tomar posesión del viejo aparato estatal, hacerlo añicos y poner en su lugar la Dictadura proletaria. Y ésta no se alcanza por vías democráticas, ni se fundamenta en los "principios" inmortales (para el filisteo) de la democracia. La Dictadura proletaria excluye de esta nueva libertad, de esta nueva igualdad política, de esta nueva "democracia proletaria" (como le gustaba decir al propio Lenin, dando a la democracia una interpretación más etimológica que histórica) a los miembros de la derrotada burguesía. Lenin demostró con formulaciones clarísimas y de magnífica coherencia teórica que es así como el proletariado debe plantear su libertad de vivir y de gobernar. Que

denuncie quien quiera la supresión de la libertad de asociación y de prensa para estos siniestros agentes, inconscientes o a sueldo, de la restauración antiproletaria: Lenin los aplastará en la polémica; en la práctica esperamos que la Guardia Revolucionaria tenga siempre suficiente plomo para paliar esta limitada comprensión de los argumentos teóricos.

Acerca del objetivo económico del nuevo régimen, Lenin explica también -no sólo en lo que concierne a Rusia, de la que luego hablaremos, sino en líneas generales- el carácter gradual de las transformaciones, así como la auténtica naturaleza de su oposición a la economía privada burguesa, en el campo de la producción, la distribución y todas las actividades colectivas.

También aquí se vincula directa y brillantemente con las fuentes más auténticas de la doctrina marxista; con las respuestas de Carlos Marx a las mil banalidades y confusiones, tanto de los adversarios burgueses como de los seguidores de Proudhon, Bakunin o Lassalle; con las mejores polémicas de la izquierda marxista contra el sindicalismo soreliano. Tras la conquista del poder aún existirá una burguesía que habrá que reprimir con armas dictatoriales; también habrá elementos recalcitrantes del proletariado y más aún del semiproletariado que habrá que someter a la disciplina legal; el nuevo poder intervendrá "despóticamente" (Marx) con sus decretos económicos. ¿Hay alguna contradicción en reconocer que hay que "esperar" para suprimir ciertas formas capitalistas en determinados campos de la economía? Lenin resolvió esta contradicción de manera lógica, definitiva y maravillosa, levantando un programa revolucionario ligado a la realidad, que no tiene miedo de enfrentarse a ella; que no tiene miedo de coger y triturar esos sectores parciales caducos, las formas muertas, en el implacable proceso de las evoluciones y las Revoluciones.

Como factor necesario en toda esta lucha renovadora y contra las degeneraciones del laborismo y del sindicalismo, Lenin trazó la misión del partido político de clase, marxista y centralizado, casi disciplinado militarmente en los momentos álgidos de la batalla, y a los oportunistas les echó en cara que la política de la clase revolucionaria no es una burda maniobra parlamentaria, sino una estrategia de guerra civil, una movilización para la insurrección decisiva, la preparación de la gestión del nuevo orden.

Y coronando este magistral edificio, tras los esfuerzos y dolores de parto del nuevo régimen, ya previstos en el clásico pasaje de Engels, es decir, tras una época en que la vanguardia revolucionaria deberá pasar por los sacrificios necesarios, se alza la segura y científica previsión -que no podemos confiar a las místicas impaciencias de los pensadores impotentes - de una sociedad sin Estado y sin coacciones, de una Economía fundada en la máxima satisfacción de las necesidades de cada uno de sus componentes, de la completa libertad del Hombre, considerado no como individuo, sino como especie humana viviente, solidaria en el completo y racional dominio de las fuerzas y los recursos naturales.

A Lenin le debemos pues la reconstrucción de nuestro "programa", además de nuestra crítica del mundo en general y del régimen burgués en particular, que en su conjunto completan las elaboraciones teóricas de la ideología propia del proletariado moderno.

EL EJECUTOR DE LA POLÍTICA MARXISTA.

La obra teórica de Lenin no puede separarse de su obra política: las dos se entrelazan continuamente y nosotros las hemos dividido sólo para facilitar la exposición. Al mismo tiempo que restableció la concepción y el programa revolucionario del proletariado, Lenin se convirtió en uno de los mayores líderes políticos, y ejecutó en la práctica de la lucha de clases los principios que defendía en el terreno de la crítica doctrinal. El campo de esta grandiosa actividad, durante los años de su no demasiado larga vida, no se limitó a Rusia, sino que abarcó todo el movimiento proletario internacional.

Consideraremos primero la obra de Lenin durante más de treinta años de lucha política en Rusia, hasta el momento en que se presentó como jefe del primer Estado obrero. Adversarios de todas las

tendencias niegan que exista continuidad y unidad entre estas tareas de Lenin como gran figura histórica y su doctrina marxista. Supuestamente, como no se realizó el programa político del proletariado en Occidente, capitalista y "civilizado", como no hubo una efectiva victoria del socialismo en los países económicamente desarrollados, se trataba de un fenómeno histórico híbrido, propio de un país atrasado como Rusia, de un movimiento, de una revolución y de un gobierno "asiáticos", que no tenían el derecho de relacionarse con el objetivo histórico del proletariado mundial, y que por esto mismo no podía considerarse como una primera victoria, como la prueba histórica de la realización de sus ideales revolucionarios. El burgués occidental afirma esto para evitar el "contagio" bolchevique; el oportunista socialdemócrata para no verse obligado a admitir la liquidación de sus previsiones programáticas de colaboración de clases y de evolucionismo pacífico y legal, que según sostiene desvergonzadamente son las más adecuadas para el proletariado progresista de los países más "civilizados"; el anarquista atribuye a la naturaleza del pueblo ruso y a sus tradiciones absolutistas las formas coercitivas de la revolución, y se obstina en no ver lo evidente, que esta coerción es necesaria.

No puede haber una tesis más estúpida. Lenin representa el contenido internacional, mundial e incluso occidental (si por Occidente entendemos el conjunto de los países poblados por la raza blanca e infestados por las más modernas delicias del capitalismo industrial) de la revolución rusa. Los hechos lo demuestran, por no hablar de los argumentos que verifican el análisis marxista que dice que en todos los países se producirá el ascenso del proletariado y del comunismo.

Vladimir Ilich Ulianov nació en 1870, y veinte años después se inició en la lucha política rusa. ¿Qué representa esta fecha, 1890, a parte del momento en que hizo sus primeras armas el futuro gran líder proletario? Antes de esta época, hacía ya varios decenios, existía en Rusia un movimiento revolucionario notable y multiforme. La supervivencia del absolutismo y del feudalismo, derrocado en el resto de Europa por las revoluciones democráticas burguesas, produjo un movimiento que pretendía derribar el régimen zarista, y que buscó afanosamente precisar el contenido positivo de su oposición.

La naciente burguesía capitalista, la burguesía media y sus intelectuales, así como el resto de ciudadanos oprimidos por el intolerable peso de los privilegios de la aristocracia, del clero y de los altos funcionarios y oficiales, participaron en este movimiento caótico, que también dio hermosas páginas de lucha y heroísmo, y nunca se sometió ante la feroz represión del gobierno de los zares. Hay que decir que los bolcheviques rusos no reniegan de su filiación a las mejores tradiciones de este movimiento de los años sesenta, setenta y ochenta; pero Lenin y el bolchevismo, en medio de este vasto cuadro, aportaron un ingrediente particular y original, destinado a prevalecer sobre el resto de factores. Porque la fecha de 1890, el inicio de Lenin en la arena política, coincide prácticamente con la aparición en Rusia de la clase obrera. Los capitales, las máquinas, la técnica industrial de Occidente llegaban ya a las fronteras de la Santa Rusia zarista, que si bien parecía que separaban dos mundos, no podían poner diques a las omnipotentes fuerzas de expansión del capitalismo moderno. Con su penetración, con el surgimiento de las grandes fábricas, aparece, sobre todo en algunos centros urbanos, el verdadero proletariado industrial.

Ya antes de de la llegada de Lenin y del resto de marxistas socialdemócratas rusos, los dirigentes intelectuales del movimiento de oposición al zarismo habían analizado ansiosamente las ideologías y la literatura de los movimientos revolucionarios occidentales, de los que se valían para elaborar su propio programa y sus propias reivindicaciones. Esta importación ideológica fue aún más activa a causa de la continua emigración de los perseguidos hacia los centros intelectuales del extranjero, además de la facilidad que tiene la raza eslava para la asimilación. Pero no se trata sólo de importar ideologías, sino de encontrar una que se correspondiera al devenir efectivo de las condiciones sociales en Rusia y que tuviera una concreta base de clase. El marxismo, como teoría, penetra en Rusia con Plejanov, que cronológicamente precede a Lenin y que en sus buenos tiempos fue uno de los mejores marxistas, y maestro del propio Lenin.

Pero Lenin, al mismo tiempo que se armaba con el conjunto de doctrinas ya elaboradas por el movimiento obrero avanzado de Occidente y desarrollaba su actividad política en medio de la naciente clase obrera, seguía los problemas concretos de su vida en las fábricas y elaboraba su original función en el cuadro

de la vida rusa. Desde entonces, para Lenin, la clase obrera, esa recién llegada, estadísticamente insignificante en la inmensa población del imperio de los zares, sería la protagonista de la inevitable revolución. Esto no debe interpretarse como una función o una aportación "específicamente rusa": al contrario, es la penetración de los instrumentos y las condiciones del gran capitalismo de occidente la que lo hacía posible, y esto a su vez permitía asimilar la fecunda crítica al capitalismo que desde hacía mucho tiempo elaboraba el marxismo en el extranjero, así como el método de interpretación de la más diversas sociedades y épocas históricas propio de la clase proletaria. Resumiendo, es la penetración del capitalismo la que permitió que se infiltrara en Rusia el materialismo dialéctico y la crítica a la economía burguesa occidental.

Tras presentarnos a Lenin como un mongol o un místico, los cretinos periodistas polémicos tratan de presentárnoslo ahora como un pedante alemán o instrumento del pangermanismo. Habría que recordarles que a Carlos Marx, en el que Lenin encontró ya preparada la mentalidad que necesitaba, los ignorantes ya le llamaban agente alemán, cuando en gran parte había sacado los materiales para su doctrina del país en el que el capitalismo había alcanzado antes su desarrollo económico, Inglaterra, teniendo también muy presentes los elementos de la más característica de las revoluciones burguesas, la revolución francesa. Uno y otro, Marx y Lenin, vivieron mucho tiempo fuera de sus países de origen, uno y otro, como todos los grandes revolucionarios, también personalmente, adoptaron actitudes psicológicas opuestas a las de su nación. Nada más alejado del típico pedante universitario alemán que el tipo mentalmente brillante y vibrante que fue Carlos Marx, que no tenía nada que envidiar al profesor alemán en cuanto a su tenaz laboriosidad y su completa preparación. De la misma forma que nada se diferencia más de la inercia mística y contemplativa del ruso que el realismo, la precisión y la intensidad en el trabajo de Lenin, una formidable máquina humana de intenso rendimiento. Marx era judío, es cierto, y si esto fuese un defecto, que no lo es, ¡ni siquiera podríamos imputárselo a Lenin! Estos dos colosos han sido los dos mayores exponentes de un movimiento a quien nadie le puede negar, ni de lejos, el calificativo no retórico de mundial.

Para explicar el papel que desempeñó de Lenin en la lucha política rusa habría de exponer la compleja historia del partido bolchevique y de la mayor Revolución que la historia ha conocido, cosa que no podemos hacer aquí.

La figura de Lenin destaca desde el comienzo por su crítica a todas las posiciones teóricas y políticas del resto de movimientos de oposición al zarismo; y sobre todo a la de aquellos que fabricaban teorías espurias para la acción de la clase obrera. En esta lucha contra todas las formas de oportunismo Lenin fue implacable, y no retrocedió aunque sus actos tuvieran graves consecuencias.

Lenin contrapuso la ideología de la clase proletaria al liberalismo político burgués que, a través de los intelectuales que se veían empujados a rebelarse contra el orden establecido, tendía a difundirse en el proletariado. Uno de los dirigentes de los "narodniki" declaraba que "la clase obrera era muy importante para la revolución". En esta frase se traducía el propósito de la burguesía de "servirse" de las masas proletarias para derribar el absolutismo, para después, como en Francia un siglo antes, establecer su propio dominio también, y sobre todo, contra el proletariado. A esto Lenin respondió: no es la clase obrera quien servirá para hacer la revolución de los burgueses; sino que la revolución en Rusia será hecha por la clase obrera y para la clase obrera.

Esta genial intuición histórica se apoyaba en un completo estudio sobre la naturaleza y el grado de desarrollo de la economía rusa, gracias al cual Lenin pudo luchar contra todas las falsificaciones del programa revolucionario y los diversos partidos y grupos oportunistas. Del mismo modo que combatió ese marxismo burgués que hemos citado, luchó también contra ese "economicismo" que decía que había que dejar a la burguesía la lucha política contra el zarismo y mantener la actividad del proletariado en el terreno de las mejoras económicas, aplazando la construcción de un partido político obrero para cuando la burguesía conquistara el poder y hubiera "libertades políticas". En esta lucha teórica, que se desarrolló hacia 1900, se encuentra ya el contenido de las posteriores campañas contra el revisionismo internacional,

representado por Bernstein en la época anterior a la primera guerra mundial, por el oportunismo social-patriota de los años de guerra y por el menchevismo durante la posguerra.

En 1903, Lenin anunció la escisión del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso en el Congreso de Londres, que se produjo formalmente algo más tarde. Aparentemente el desacuerdo se produjo por cuestiones de organización interna, por lo demás importantísimas para un partido ilegal que luchaba bajo una feroz represión. Pero el motivo de la división, como se demostró en los años siguientes, eran cuestiones más profundas. La escisión fue querida y preparada implacablemente por Lenin, que pronunció entonces aquella frase: "antes de unirse es necesario separarse", en la que se resume una de sus mayores enseñanzas, es decir, que el proletariado jamás podrá vencer sin liberarse antes de los traidores, los ineptos, los vacilantes; que nunca se va lo suficientemente lejos cuando de lo que se trata es de amputar los miembros enfermos del cuerpo del partido revolucionario. Naturalmente Lenin fue tildado de desorganizador, sectario, centralizador, autócrata, y todo lo que queráis. Él se reía de todo esto: es lo que siempre dicen los oportunistas cuando ven desarticuladas sus maniobras. Para los marxistas los llamamientos a la unidad no son sino retórica vacía si no van acompañados de directivas claras y homogéneas.

Existieron otras discrepancias, antes de la última y más clamorosa que se produjo durante los años de la guerra. La obra clarificadora de Lenin, de amplia visión de futuro, continuó reforzándose, acumulando las auténticas condiciones para la futura victoria revolucionaria. Exiliado en el extranjero, a menudo Lenin sólo recogía adhesiones de los simples obreros que le rodeaban a él y a su pequeño grupo de seguidores, pero no dudó nunca del éxito de su lucha. El futuro le dio la razón. Esos grupúsculos se convirtieron en los miles y miles de proletarios que en 1917 descalabraron el zarismo y el capitalismo, en los millones de hombres que desfilaron en manifestaciones interminables ante el cadáver de su dirigente, siete años después.

No abordaremos aquí en profundidad la crítica de los bolcheviques a los liquidadores, que después de 1905 querían renunciar a las acciones ilegales del partido alegando que el zar había otorgado una supuesta constitución; ni tampoco la crítica al partido socialista-revolucionario y sus métodos pequeño-burgueses, cuyo programa ponía en primer plano a la clase campesina, argumentando que en Rusia la Revolución proletaria no tendría como cuestión central la abolición del capitalismo privado; ni tampoco la crítica a los anarquistas, a los sindicalistas, y a tantas otras corrientes políticas de menor importancia que se agitaban en el período pre-revolucionario.

En el trascurso de estas luchas Lenin creó el partido, magnífico instrumento de lucha que en 1917 respondió de forma tan brillante a las exigencias revolucionarias. Y llegó la hora del paso de la crítica polémica y de la paciente preparación organizativa a la batalla abierta. Fue entonces cuando las fuerzas revolucionarias se unieron alrededor de los que en otro tiempo se llamó escisionistas: los soldados cansados de la guerra y los campesinos pobres cayeron bajo la influencia del partido de vanguardia obrera. Los Soviets, surgidos en 1905 durante la primera gran lucha revolucionaria, en la que el bolchevismo se templó y se afirmó, en 1917 se orientaban poco a poco hacia el partido de Lenin. En este período de acción las cualidades de Lenin se manifestaron de manera sorprendente, prestándose fácilmente a la glorificación mística. Pero para marxistas como nosotros esto no es sino la necesaria coronación de una completa y exhaustiva preparación de las condiciones revolucionarias en todos los campos. En la insurrección de julio, Lenin, aunque el momento era tentador, dijo que no había llegado aún el momento de jugarse el todo por el todo; pero en las jornadas de Octubre, solo o prácticamente solo, comprendió que había llegado el momento y que no podían dejarlo pasar, y lanzó con mano firme el golpe decisivo, encuadrando en la magnífica maniobra política de un partido la crisis formidable en la que se enfrentaban fuerzas sociales opuestas, de las que el proletariado saldría triunfante.

La crítica teórica de la democracia y del liberalismo burgués vio su culminación en la acción práctica, cuando los trabajadores armados dispersaron a aquel "montón de bribones" que era la Asamblea Constituyente, ¡democráticamente elegida!

La consigna de Lenin: “¡todo el poder para los Soviets!”, había triunfado; la Dictadura del proletariado teorizada por Marx hacía su entrada terrorífica en la realidad histórica. La contrarrevolución, pese a sus múltiples esfuerzos, no vencerá jamás; deberá retroceder ante la implacable fuerza del Terror revolucionario, sin lograr aprovechar contra el gobierno de Lenin ni las dificultades internas de la economía rusa ni los fracasos del proletariado en los demás países. Lenin y su partido continúan su labor en esta nueva fase, distinta pero no menos ardua, aumentando siempre su fuerza y su experiencia.

No hemos dicho mucho sobre el papel de Lenin como ejecutor de la política marxista en Rusia, pero aún nos falta hablar de toda su actividad internacional. También aquí la lucha contra las desviaciones marxistas no fue sólo teórica, sino también política y organizativa. Cuando aún no era tan conocido entre las masas como los líderes tradicionales de los partidos de la II Internacional, Lenin animó en el seno de ésta una corriente de izquierda que luchó contra el revisionismo. Gracias a él en el Congreso de Estocolmo se aprobó la moción que propugnaba la huelga general en caso de guerra.

Sobrevino la guerra, y Lenin fue el primero en comprender que con la vergonzosa quiebra del 4 de agosto de 1914 la II Internacional se había hundido para siempre. En el seno de la oposición socialista a la guerra, que se reunió en Zimmerwald y en Kienthal, se polarizó una izquierda en torno a esa fórmula de Lenin expresada en la consigna de “transformación de la guerra imperialista en guerra civil”. Y se fue hacia la fundación de la nueva Internacional, que se produjo en 1919 en la capital del primer Estado proletario, sobre unas sólidas bases marxistas y el grandioso ejemplo de acción política proletaria que representaba la victoria del partido comunista ruso.

Tras la restauración de la teoría proletaria, la obra de la Tercera Internacional se fue afirmando, aplicando medidas concretas para desembarazarse de los oportunistas en todos los países: los reformistas, socialdemócratas y centristas de todo tipo fueron expulsados de las filas de la vanguardia obrera mundial. La regeneración se desarrolló en todos los viejos partidos, y se constituyeron las bases de los nuevos partidos revolucionarios del proletariado. Lenin guió con mano férrea la difícil operación ahuyentando las vacilaciones y posibles debilidades.

Luego diremos unas palabras acerca de las causas por las que esta gigantesca batalla aún no ha logrado en todos los países un éxito definitivo. En muchos aspectos, la muerte de Lenin se hizo notar.

La obra política de la nueva Internacional contiene algunos aspectos esenciales en los que hay que detenerse. La restauración teórica marxista llevó directamente a las conclusiones fundamentales del que fue el primer Congreso, constituyente en materia programática, y a buena parte de las doctrinas que se elaboraron de mejor forma en el segundo, el de 1920, el mejor Congreso de la Internacional. Nos referimos a las condiciones de admisión en los partidos comunistas, las tesis sobre la tarea del partido comunista, sobre el significado de los Consejos de obreros y campesinos, o sobre el trabajo en los sindicatos. Y también se trataron otras cuestiones, siguiendo fielmente las líneas generales del marxismo, pero de una manera más original, en lo que respecta a las lagunas más graves que presentaba el movimiento socialista tradicional.

Así sucedió con la cuestión nacional y colonial. La Internacional rechazó en el terreno teórico y práctico el social-patriotismo y sus sofismas sobre la defensa nacional, la guerra por la democracia y la libertad o la restauración del principio jurídico burgués de nacionalidad. Se valoró de manera dialéctica la importancia de las fuerzas sociales y políticas que se enfrentaban a los principales imperialismos allí donde aún no existía un proletariado modernamente desarrollado, esto es, en las colonias y en los pequeños países sojuzgados por las grandes metrópolis. Fue así como se construyó, sobre una plataforma exquisitamente clasista, una síntesis política genial para la lucha política del proletariado europeo y del resto de los países más modernos contra las grandes fortalezas burguesas; así como para los movimientos de rebelión de los países coloniales, con el objetivo de socavar, con la ayuda de todas estas fuerzas, las bases mundiales de las fortificaciones defensivas del sistema capitalista. El proletariado comunista mundial conservaba con esta postura una actitud de dirección y de vanguardia, sin modificar ni su ideología ni su objetivo final, que seguía siendo su dictadura de clase. Del mismo modo, no cedía en absoluto a las efímeras y erróneas premisas

teóricas y políticas de los nacional-revolucionarios semi-burgueses de los países mencionados, a los que, en cuanto sea posible, los partidos proletarios comunistas deberán quitar la dirección del movimiento. Esta delicada cuestión histórica no se sale del marco de la dialéctica revolucionaria, siempre que se confíe a fuerzas políticas sólidamente marxistas. No se pueden excluir ciertos peligros, sobre todo si esto se presenta como una "nueva" consigna con la que la Internacional pretende distinguirse del excesivo rigor de la clásica izquierda marxista. Pero eso sólo pueden decirlo los oportunistas que, no sabemos con qué intención, pretenden subsistir al margen de la Internacional. En los términos teóricos en los que Lenin enfocó la cuestión, y bajo su dirección política, no había que temer tal peligro, y no se verificó ninguna atenuación, sino más bien una intensificación de la eficacia revolucionaria mundial.

Sobre la cuestión "agraria" hay que decir algunas cosas. La postura del Segundo Congreso sobre tal cuestión no hace más que aclarar el auténtico punto de vista marxista sobre el problema de la economía agrícola. También en este campo Lenin nos había dado notables trabajos teóricos. La Internacional resolvió políticamente este problema, que los oportunistas preferían eludir. Con la excusa de que el proletariado industrial debía ser el principal motor de la revolución, preferían en efecto cortejar a la supuesta "aristocracia" obrera y llevarla a una alianza con el capital, más que preocuparse por el proletariado agrícola.

La doctrina agraria de la Tercera Internacional se funda en el ABC del marxismo, que diferencia claramente la empresa agrícola moderna e industrial; la pequeña empresa tradicional; y sobre todo el régimen de la pequeña propiedad sometida a los grandes latifundios de un único propietario, que explota a muchas familias campesinas. La Internacional ya había explicado que la transformación socialista se llevaría a cabo gradualmente en el terreno económico en general. En la agricultura, esto debía traducirse en que la dictadura proletaria debía aportar a estas distintas capas sociales agrícolas soluciones diferentes. El programa de socialización sólo afectaba a empresas parecidas a las de la gran industria, es decir, al primer tipo. Para el tercer tipo (la pequeña unidad económica latifundista) el programa no puede ser otro que la eliminación del gran propietario y la concesión de la tierra a las familias campesinas, hasta que no hayan madurado las condiciones técnicas para un cultivo centralizado y mecanizado. De este claro análisis teórico de un problema que los oportunistas siempre han preferido obviar, se desprenden las relaciones políticas que debe establecer el proletariado industrial con las clases campesinas: completa solidaridad con los jornaleros en las haciendas industrializadas, alianza con los campesinos pobres que trabajan directamente la tierra, y eventualmente ciertas relaciones con los campesinos medios. Esta política nos permite obtener una ayuda importantísima a la revolución por parte de la segunda categoría, sin descuidar nunca la preeminencia del gran proletariado urbano, preeminencia que por otra parte quedó sancionada en la propia Constitución de la república soviética, que concedía menos peso a la representación de los campesinos que a la de los obreros, que suministraban la mayor parte del personal al nuevo aparato del Estado obrero.

También esto se presta a exageraciones y equívocos, si se olvidan las tareas revolucionarias esenciales. A este respecto hay que destacar los duros reproches del camarada Trotsky a las tendencias "campesinas" que engendran el oportunismo en el partido francés. No se puede decir que las tesis agrarias de la Internacional sean soluciones nuevas e imprevistas respecto a la línea marxista fundamental, la Internacional no necesita engrandecerse de esta manera, pues esto además es tender puentes a corrientes dudosas. No se trata de presentar el bolchevismo o el leninismo como una ideología en sí misma que propugna la alianza del proletariado con los campesinos, como parece que trata de hacer el camarada Zinoviev, aunque no estemos en desacuerdo en esta alianza. Aunque no sea el caso del camarada Zinoviev, esta fórmula teórica podría ser empleada por los oportunistas para camuflar un eventual repliegue histórico de la revolución rusa. Entre las más hermosas tradiciones del partido bolchevique se encuentra precisamente la genial intuición histórica con la que se ha enfrentado al programa social-revolucionario, al que ha "robado" un punto esencial; pero no ha sido la clase campesina la que ha realizado este punto, como querían los socialistas-revolucionarios, sino la obrera: y es que el campesinado no puede emanciparse con sus propias fuerzas, sólo el proletariado puede guiarle a la liberación.

Aquí no podemos más que esbozar tales cuestiones, pero los compañeros pueden leer un pequeño folleto vulgarizador que escribí sobre la "cuestión agraria" y, aún mejor, las tesis del Segundo Congreso de nuestro partido sobre la misma cuestión, que representan la unánime toma de posición de los comunistas italianos sobre la plataforma que he intentado recordar brevemente.

EL SUPUESTO OPORTUNISMO TÁCTICO DE LENIN

Pasemos ahora a considerar el aspecto más delicado y difícil de la figura de Lenin, el que se refiere a sus criterios tácticos. La táctica no es ciertamente una cuestión separada del problema de la doctrina, del programa, de la política general. Por esta razón, nosotros rechazamos con todas nuestras fuerzas esa interpretación que pretende presentarnos a Lenin, el fustigador del oportunismo —que Engels definió por primera vez, cuando, casi previendo las falsificaciones de Bernstein, condenó la actitud de aquellos que con los problemillas cotidianos comprometían la visión y la preparación de la perspectiva del programa final—, como alguien que en la práctica hacía funestas concesiones a una flexibilidad ambigua, a una diplomacia rufianesca, a un supuesto "realismo", entendido como lo entiende el tendero y el filisteo.

El burgués insiste en esta falsedad tratando de tomarse una supuesta revancha sobre el "utopismo" que se suele atribuir torpemente a Lenin y a su escuela. El oportunista, por razones parecidas, actúa de la misma forma, así como el anarquista, que se cree el único capaz de mantener en cualquier circunstancia una actitud íntegramente revolucionaria. Por varias razones no puedo desarrollar aquí toda la cuestión de la táctica comunista, pues requeriría mucho tiempo. Me propongo tan sólo exponer algunas observaciones sobre la táctica y la política de Lenin y reivindicar el verdadero carácter de su obra. En un futuro, un debate de este tipo puede llegar a ser importantísimo, pues no podemos excluir la posibilidad, ya veremos por qué, de que algunos, invocando las supuestas lecciones de Lenin, las perviertan al no tener en cuenta el conjunto de su obra, tan formidable, compleja y unitaria. Para nosotros no hay la menor diferencia entre el Lenin firme e implacable de los años de las discusiones y la preparación, y el Lenin infatigable de las múltiples realizaciones revolucionarias.

También aquí conviene examinar primero la táctica de Lenin como dirigente de la revolución rusa, y luego como líder de la Internacional Comunista. Mucho habría que decir sobre lo que fue la táctica del partido bolchevique antes de la revolución. Ya hemos dicho cual fue el objetivo de este partido tanto en sus grandes líneas programáticas como en la crítica de los adversarios. Quedaría por tratar su conducta en las relaciones con otros partidos afines en las distintas situaciones contingentes que precedieron a la gran acción autónoma de 1917. Los comunistas rusos, a la hora de adoptar una postura y una táctica internacional, invocan constantemente estos ejemplos, que sin duda suministran un importante material que hay que tener en cuenta en los debates de la Internacional.

Limitémonos a recordar un importante episodio que en su época provocó disensiones entre los propios camaradas rusos: la paz de Brest-Litowsk en 1918 con la Alemania imperialista, que se aceptó sobre todo gracias a la clarividencia de Lenin. ¿Significó esta paz un compromiso con el militarismo del Káiser y los capitalistas? Sí, si se juzga desde un punto de vista superficial y formalista, no, si se sigue un criterio dialéctico marxista. En aquella ocasión, la política de Lenin era la única que tenía en cuenta las grandes necesidades revolucionarias.

Se trataba de poner en evidencia el estado de ánimo que había lanzado a las masas rusas a su asalto revolucionario: abandono del frente bélico entre naciones para derrocar al enemigo interno. Y se intentó reflejar esta situación derrotista en las filas del ejército germánico, algo que se hizo desde el primer momento con las "confraternizaciones". El tiempo dio la razón a Lenin y no a quienes juzgaban superficialmente que se debía continuar la lucha contra la Alemania militarista, sin preocuparse ni de las consecuencias programáticas a largo plazo, ni de las prácticas (que esta vez coincidían totalmente con las primeras: lo que no siempre sucede, y es entonces cuando las dificultades del problema táctico son más

graves), que demostraban que la derrota era segura por razones de técnica militar. El general Ludendorff ha declarado en sus memorias que, tras una serie de clamorosas victorias militares en todos los sectores y cuando la situación técnicamente era buena en todos los aspectos, el hundimiento del frente germano se debió a causas morales, es decir, políticas: los soldados ya no querían combatir más. La política genialmente revolucionaria de Lenin, al mismo tiempo que empleaba un lenguaje diplomático con los delegados del Káiser, despertó al proletario explotado que, bajo el uniforme del soldado-autómata alemán, era conducido al matadero en interés de sus opresores.

Brest-Litowsk no sólo salvó la revolución rusa del ataque del capitalismo germano, que los Aliados se apresuraron a reemplazar con la misma insolencia contrarrevolucionaria, sino que ganó unos meses necesarios para hacer del ejército rojo un baluarte invencible; y además provocó la derrota de Alemania en el oeste, que ha servido para glorificar erróneamente la supuesta habilidad estratégica de los Foch o Díaz, jefes militares de los Aliados que durante la guerra demostraron en cientos de ocasiones su incompetencia profesional.

Pasemos ahora al argumento en el que insisten tanto aquellos que tratan de presentar a Lenin como el hombre de las concesiones y transacciones: Nueva Política Económica (NEP) rusa.

Hemos mencionado antes el carácter gradual e internacional de las transformaciones económicas tras la revolución proletaria, y también el significado teórico y político de las lógicas relaciones que los proletarios industriales de Rusia debían establecer con las clases campesinas. Pero nuestros adversarios políticos dicen que en lugar de avanzar muy lentamente hacia un régimen socialista y luego comunista, ha habido un auténtico retroceso hacia posiciones ya superadas, un restablecimiento de las formas puramente burguesas que se esperaba suprimir y, en fin, que se han hecho concesiones al capitalismo mundial, al que se había declarado una guerra sin cuartel. Y esto supuestamente demostraría que Lenin y los comunistas se prestaron al mismo oportunismo que habían reprochado clamorosamente a los demás.

Sin embargo nosotros sostenemos que no puede hablarse de oportunismo en relación a la N.E.P. Esta grandiosa maniobra táctica se llevó a cabo sin perder de vista los intereses supremos de la revolución, sin renunciar a la victoria final sobre las formidables y múltiples resistencias capitalistas. Esto lo demuestra el argumento teórico de Lenin cuando presentó esta política, así como su aplicación práctica, que él dirigió en todo momento hasta hace aproximadamente dos años. Y para ser claros también en la magnífica formulación del problema que hizo León Trotsky en su formidable discurso al IV Congreso Mundial. Sólo Lenin garantizaba todo esto.

En un primer período, el problema fundamental de la revolución rusa fue la lucha militar, que continuaba directamente la ofensiva revolucionaria de Octubre, rechazando las múltiples contraofensivas reaccionarias, no tanto en el frente político interno como en todos los frentes que se formaron contra las hordas blancas de las potencias burguesas, grandes y pequeñas. En esta épica lucha, que sólo a fines de 1920 pudo darse por terminada tras unos episodios y fases que aquí no puedo relatar, el ejército y la policía rojas se comportaron de forma tan brillante y decidida, que nadie se atrevería a hablar de compromisos y de renuncias a la hora de valorar este conflicto de clase entre revolución y contrarrevolución. La política del primer Estado obrero y campesino se basa en el antagonismo mundial entre el proletariado y el capitalismo y nada nos hace suponer que aquella perderá su decisión si éste se agudiza, volviendo al terreno militar. Ahora bien, en tal período de guerra civil el problema de la construcción del socialismo era secundario. Lo importante era, por una parte, impedir que las conquistas político-militares del proletariado fueran aplastadas, y por otra parte provocar la extensión de la victoria revolucionaria a otros países. A principios de 1921 esta fase tocó a su fin. Por una parte la revolución en Europa se alejaba momentáneamente ante el fenómeno de la ofensiva capitalista general contra las organizaciones proletarias, y por otra parte la lucha por derrotar violentamente el régimen de los Soviets había sido abandonada por las potencias burguesas. Ahora ya no se trataba sólo la vida cotidiana y de conducir la lucha contra el peligro de una restauración burguesa y zarista, manteniendo unidas a las distintas clases revolucionarias, sino de organizar bajo fórmulas que sólo pueden ser contingentes y transitorias la economía de un país como Rusia, en el que la fuerza

política del capitalismo y del resto de fuerzas reaccionarias (como el feudalismo agrario) han sido derrotadas; pero, debido a las condiciones técnicas, económicas y sociales, tras siete años de guerra, revoluciones y bloqueo, era imposible constituir un régimen económico plenamente socialista.

¿Acaso por esta razón deberíamos llamar a los mandamases de las hordas blancas dispersas y derrotadas, y declarar que como no podemos constituir de un golpe la economía comunista, les devolvemos de nuevo el poder para que gestionen el país bajo una economía burguesa? ¿O acaso habría que remediar estas dificultades con el desarme del ejército y del poder revolucionario, apelando a las misteriosas iniciativas "libres" y "espontáneas" del "pueblo", como afirman los anarquistas, sin comprender que esto equivaldría a entregar el poder a los blancos? Ambas opciones se las dejamos a los dementes o a los idiotas.

El análisis marxista que guió a los bolcheviques hacia la difícil solución, con Lenin al frente, fue más claro y valiente.

En ese primer período, las medidas económicas no se adoptaron por su propio valor como tales, sino para romper la resistencia de ciertas clases y estamentos. Lenin definió este conjunto de medidas como "comunismo de guerra". Así, hubo que demoler despiadadamente, sin medias tintas, el viejo aparato administrativo de la industria rusa, que a pesar de ser un país atrasado estaba enormemente concentrado; expropiar no sólo a los grandes latifundistas, sino también al mediano propietario agrícola, pues constituía un estamento antirrevolucionario que debía ser puesto fuera de combate; monopolizar completamente el comercio del grano, pues no se podía asegurar de otro modo el aprovisionamiento de las grandes ciudades y del ejército. Dadas las necesidades políticas y militares, no había tiempo para preguntarse si el Estado proletario sería capaz de sustituir las formas abolidas por una organización socialista estable.

Acabado dicho período, el problema se planteó en términos esencialmente económicos, a los que hubo que dar, por tanto, una solución nueva y distinta. Hoy todo esto está claro, si lo examinamos sin prejuicios seudorevolucionarios. En la sociedad rusa se dan, dice Lenin, las más variadas formas económicas: régimen agrícola patriarcal, pequeña producción agraria para el mercado, capitalismo privado, capitalismo de Estado y socialismo. La lucha no ha llegado al punto económico que va del capitalismo de Estado al socialismo, sino que se trata de la lucha de este "capitalismo de Estado" contra la "lacra" de la economía campesina pequeño-burguesa y el capitalismo privado. Trotsky ya ha explicado qué es el capitalismo de Estado señalado por Lenin, en su discurso ya citado (que debería ser publicado en italiano en un folleto y difundido todo lo posible). No se trata de una socialización llevada a cabo por un Estado "burgués", en su acepción tradicional, sino de la socialización, efectuada más bien, en ciertos campos de la economía, por el poder político proletario, pero con unas reservas y limitaciones que equivalen a dejar intacto el supremo control político y financiero del Estado, a la vez que se adoptan métodos de "contabilidad comercial" capitalista.

Es decir, el Estado ruso hace de empresario y productor, pero dado el atraso económico del país, no puede ser el único empresario, como sucedería en un régimen "socialista"; porque debe renunciar a ser él mismo quien distribuya los productos y tolerar un mercado libre de tipo burgués, donde se deja intervenir al pequeño campesino vendedor, al pequeño empresario industrial, y en ciertas ocasiones al capitalista medio local y al gran capitalista extranjero, en unas sociedades y fábricas fuertemente controladas sin embargo por la república obrera y sus organismos adecuados.

Actuar de otra forma, sobre todo en relación a la cuestión agraria, significaría paralizar toda posibilidad de vida productiva. No se puede hablar de socialización, y mucho menos de una gestión estatal de cierta amplitud, en una agricultura tan atrasada como la rusa. No había otra manera de incitar a producir al campesino más que restablecer la libertad de comercio de los productos agrícolas, sustituyendo las requisiciones del "comunismo de guerra" por el pago al Estado de un impuesto "en especie".

Esta nueva orientación de la política económica se presenta como una especie de retirada, pero esta retirada, en el sentido efectivo que se le da ahora, no es más que un momento inevitable de la compleja evolución del capitalismo y del precapitalismo al socialismo. Un momento previsible también para el resto de revoluciones proletarias, pero cuya importancia evidentemente será mucho menor cuanto más desarrollado esté el gran capitalismo y cuanto más extenso sea el "territorio" de la victoria proletaria.

Hay que subrayar otro peligro que la N.E.P. supo encauzar a tiempo: el desclasamiento del proletariado industrial. Las dificultades de aprovisionamiento de los grandes centros urbanos habían provocado la migración de trabajadores de las fábricas hacia el campo. Esto, además de consecuencias económicas, tenía otra consecuencia gravísima de naturaleza socio-política: al aislar la revolución y sus órganos de su base principal, de la clase obrera de las ciudades, se comprometían las condiciones esenciales necesarias para la evolución futura. Las medidas adoptadas permitieron afrontar también este fenómeno, levantar de nuevo el nivel de vida económica, y luchar contra el flagelo natural de la carestía, que venía a añadirse desgraciadamente a las demás dificultades provocadas por el adversario.

Entre las medidas que caracterizan la Nueva Política Económica se incluye, naturalmente, la instauración de un *modus vivendi* económico e incluso diplomático con los Estados burgueses. Ninguna teoría seria de la revolución puede pretender que los Estados burgueses y proletarios deban estar permanentemente en guerra. Esta guerra es por supuesto posible, pero al proletariado le interesa suscitarla sólo cuando favorezca la eclosión de la guerra civil en el seno de los países burgueses, que es la vía "natural" que conduce a la victoria del proletariado. Dado que esto no era posible desde el punto de vista comunista, y habiendo constatado por su parte los Estados burgueses la imposibilidad de suscitar en Rusia una revuelta anticomunista, no es extraño que se diera un período de tregua militar y de relaciones económicas, algo que ambas partes creían necesario. Sería pues ridículo reducir este problema a una cuestión de repugnancia hacia los contactos y exigencias protocolarias.

La ruptura de la Conferencia de Ginebra demuestra que el gobierno ruso no renuncia en absoluto a las cuestiones de principio y que no se prepara de ningún modo para volver la economía privada, ni siquiera momentáneamente, como les gusta insinuar constantemente a todos nuestros adversarios. Arrancando al capitalismo algunas de sus fuerzas de la gran producción, sin tener que pagarle con los diversos recursos naturales rusos, se prosigue la obra teorizada por Lenin de suprimir poco a poco la pequeña economía industrial, agraria y comercial, que es el principal enemigo del proletariado allí donde, como en Rusia, la organización del dominio político del gran capitalismo ya ha sido puesta fuera de combate. El problema de las relaciones políticas con la clase campesina no se resolvió de manera oportunista, porque aunque se han hecho concesiones al pequeño campesino, no debe perderse de vista que esto representaba un factor revolucionario, en la medida que a la lucha del campesino contra el terrateniente se unió la lucha del proletariado contra el capitalismo. Sin embargo, en un futuro, el programa obrero deberá renunciar y superar definitivamente el programa de alianza con el campesinado.

Tras estas indicaciones incompletas pasaré a tratar la idea que muchos se hacen acerca de la táctica preconizada por Lenin para la Internacional Comunista, y de sus vivas críticas contra los criterios tácticos de la "izquierda".

El método del que se sirvió Lenin para examinar los problemas de orden táctico y para construir la teoría del "compromiso", es plenamente satisfactorio. Pero acto seguido debo decir que, a mi parecer, la vasta tarea que consiste en elaborar con este método la táctica que debe adoptar la Internacional, no se ha resuelto ni mucho menos. Lenin "agotó" la cuestión de la doctrina y del programa, pero no la cuestión de la táctica. Subsiste el peligro de que el método táctico de Lenin sea desnaturalizado hasta el punto de olvidar las premisas programáticas revolucionarias, lo cual podría eventualmente poner en peligro la propia consistencia de nuestro programa. Algunos elementos de derecha de la Internacional invocan a Lenin, con demasiada frecuencia, para justificar unas formas de adaptación y de potencial renuncia que no tienen nada que ver con la línea brillantemente revolucionaria y finalista que engloba toda la grandiosa obra de Lenin. El problema es extremadamente grave y delicado.

¿Cuál fue la crítica esencial de Lenin a los errores de "izquierda"? Condenó toda valoración táctica que en vez de basarse en el realismo positivo de nuestra dialéctica histórica y el valor efectivo de las posturas y medios tácticos, quedara prisionera en ingenuas fórmulas abstractas, morales, místicas o estéticas, de las que brotan de improviso resultados totalmente extraños a nuestro método. Todos los ataques contra la fraseología seudorrevolucionaria que sustituye a los auténticos argumentos marxistas, no sólo es justa, sino que cuadra perfectamente con el grandioso trabajo de restauración de los verdaderos valores revolucionarios que debemos a Lenin y que humildemente estamos tratando de esbozar aquí en sus rasgos fundamentales. Todos los argumentos tácticos basados en la fobia a ciertas palabras, a ciertos gestos, a determinados contactos, basándose en una pretendida pureza o inmunidad de los comunistas de cara a la acción, son ridículos y constituyen el necio infantilismo que combatió Lenin, fruto de unos prejuicios teóricos burgueses de sabor antimaterialista. Sustituir la táctica marxista por una doctrinilla moral es una estupidez.

Esto no significa que algunas conclusiones tácticas que defiende la izquierda, muchas veces con argumentos ingenuos, no sean fruto de un verdadero análisis marxista desprovisto de toda veleidad ética y estética, y perfectamente preparado para aceptar, tras el examen, las exigencias de la táctica revolucionaria, aunque les falte elegancia y nobleza en su aspecto más inmediato. Por ejemplo, en las tesis tácticas del segundo congreso de nuestro partido, que constituyen un intento en este sentido, al mismo tiempo que se critica el método táctico del frente único de los partidos políticos como órgano permanente por encima de éstos, no se emplea nunca, para llegar a tales conclusiones, el argumento de que es indigno para los comunistas tratar con los dirigentes oportunistas, o aproximarse a ellos. Creo que la misma palabra oportunista debería cambiarse, por su sabor moralista. He mencionado el problema no para discutirlo, sino sólo a modo de ejemplo explicativo.

Teniendo en cuenta los últimos resultados de la experiencia táctica de la Internacional y el hecho de que hace ya dos años que Lenin no es su animador, tenemos derecho a afirmar que si queremos llegar a una solución hay que discutir este problema. Nos oponemos a traducir el realismo marxista de Lenin en la fórmula de que cualquier expediente táctico es válido para nuestros fines. La táctica influye a su vez en quien la adopta, y no puede decirse que un auténtico comunista, bajo el mandato de la auténtica Internacional y del auténtico partido comunista, pueda hacer cualquier cosa sabiendo que no se equivocará. Hemos visto el reciente ejemplo, que señalamos de pasada, del gobierno obrero de Sajonia. El presidente de la Internacional se ha visto obligado a afirmar escandalizado, con toda razón, que el compañero enviado al puesto de canciller del Estado, en lugar de seguir la táctica revolucionaria prefijada y organizar el armamento del proletariado, ha quedado prisionero de la legalidad. No se trata ya, dijo Zinoviev, de propuestas de acción comunista, sino de un respeto puramente germánico a la cancillería del Estado. La frase es fuerte, y digna de Marx (quizás es del mismo Marx), pero Zinoviev debería preguntarse si la causa del fracaso radica en las cualidades del camarada o en la propia táctica planteada, que se enfrentaba a dificultades insuperables.

¿Acaso "ampliar" más allá de todo límite las posibles soluciones tácticas no termina contradiciendo nuestras propias conclusiones teóricas y programáticas, que son fruto de un auténtico examen realista, basado en una continua y amplia experiencia? Para nosotros es algo iluso y que contradice nuestros principios esa táctica que pretende sustituir la destrucción y demolición de la máquina estatal burguesa, principio vigorosamente demostrado por Lenin, por la penetración en este aparato con no sabemos qué caballo de Troya, con la pretensión -verdaderamente seudorrevolucionaria y pequeño-burguesa- de minarla desde el interior. La postura de los ministros comunistas sajones, que acabó siendo ridícula, demuestra que no se puede tomar la fortaleza capitalista con estratagemas que eluden el asalto frontal de las masas revolucionarias. Es un grave error hacer creer al proletariado que esos expedientes pueden ahorrarle dificultades, esfuerzos y sacrificios. Esto ha provocado una grave desilusión en el partido alemán, y ha tenido desagradables consecuencias, aunque es discutible que éstas fueran tan graves como para no haber podido desencadenar el ataque general directo en un momento en el que podría haber triunfado. Ahora los comunistas alemanes lanzan la consigna de la insurrección general y de la dictadura proletaria. Pero hay que decir que, si bien las situaciones y las relaciones de fuerza varían bastante y en muchos casos no se puede

dar esa consigna como fórmula inmediata, está irremisiblemente demostrado que sólo hay un camino que seguir: "no existen revoluciones a medias, sólo revoluciones".

Muchos quieren hacernos creer que la mentalidad de Lenin fue la de dejar en blanco la página sobre la que debe escribirse el cotidiano trabajo táctico, excluyendo toda generalización. Este sería el pretendido realismo "auténticamente marxista". Así es como aparece un "verdadero marxismo", que mañana podría convertirse en algo análogo al "verdadero socialismo" azotado por Carlos Marx. Todo lo que sabemos de Lenin y de la síntesis colosal que constituye su obra, nos autoriza a rechazar esta falsificación, que lo rebajaría a nivel de ese oportunismo vulgar contra el que luchó toda su vida. El método táctico marxista debe apartarse de los prejuicios que proceden de ideologías arbitrarias y de las actitudes psicológicas que se introducen de refilón, debe basarse en la realidad y la experiencia; pero esto no significa descender al chismoso y cobarde "eclecticismo", ya estigmatizado por el bolchevismo ruso y que oculta la cobardía pequeño-burguesa de los falsos revolucionarios. Nuestro realismo y nuestro método experimental rechazan todas las abstracciones ideológicas gratuitas, pero tienden, en la elaboración de la consciencia del movimiento, sobre unas bases rigurosamente científicas, a lograr una dirección unitaria y sintética, no caprichosa y arbitraria, de la práctica cotidiana.

Nosotros afirmamos que la táctica de Lenin, todo lo libre de prejuicios que es posible, en el sentido de que fue quien menos se dejó guiar por las caducas sugerencias sentimentales o por obstinaciones formales, nunca abandonó la plataforma revolucionaria, esto es, la coordinación con el objetivo supremo e integral de la revolución mundial. Y esta coordinación hay que precisarla y aclararla en las discusiones sobre la táctica en la Internacional. En este terreno Lenin también nos ha dejado un método y sin duda algunas fórmulas válidas, pero no una elaboración completa, porque hasta ahora esto no era históricamente posible. Al proseguir con su trabajo, la Internacional deberá tener en cuenta el riesgo de que la tesis de la máxima libertad táctica no sirva para encubrir el abandono y la deserción de la "plataforma" de Lenin, es decir, que no debe perder de vista de las finalidades revolucionarias. Si esto ocurre, sería el puro voluntarismo anti-realista lo que determinaría las decisiones tácticas, basándose no ya en un conjunto sintético de consignas, sino, por así decirlo, en la simple firma de éste o aquel. Esto arruinaría toda la disciplina unitaria de nuestra organización, en el sentido verdaderamente fecundo del término. Y no diré nada más sobre el tema.

A quien destaque en Lenin al táctico "sin reglas fijas", nosotros le opondremos siempre la unidad que articula toda su obra política. Ese gran Lenin que, con la mirada puesta en la meta final revolucionaria, en la época de preparación de la revolución, no temió que le llamaran disgregador, centralizador, autócrata, devorador de sus maestros y amigos. Ese Lenin que aportó claridad y precisión, aunque esto conllevara la quiebra de las falsas concordias y las alianzas postizas. El hombre que supo contemporizar cuando era el caso, pero que llegado el momento también supo actuar con decisión, y que, como ya he recordado, en octubre de 1917, frente a las propias dudas del Comité Central de su partido, tras inundarlo de mensajes apremiantes, corrió en persona a Petrogrado, incitó a los obreros a empuñar las armas, y superó todas las incertidumbres. Un burgués, que le oyó hablar, explicaba: "me habían hablado de su lenguaje frío, realista, práctico: no he oído más que una serie de ardientes incitaciones a la lucha: ¡tomad el poder!, ¡derribad a la burguesía!, ¡echad al gobierno!"

Ahora bien, el Lenin de táctica comedia es el mismo que encierra potencialmente esas facultades de audacia revolucionaria. Muchas marmotas querrían revestirse con la piel de este león. Por eso nosotros, a todos aquellos que, aunque su potencialidad revolucionaria nos dé motivos para dudar, citan a Lenin refiriéndose a su habilidad y elasticidad tácticas, debemos decirles: haced lo mismo, demostradnos que también podéis encarnar la imperiosa necesidad de la victoria de la revolución, que en el instante supremo necesitará de un irresistible arrojo y golpes decididos, ¡y después tendréis el derecho de hablar en su nombre!

No, Lenin no es el símbolo de una práctica accidental y oportunista, sino el de la férrea unidad de la fuerza y la teoría revolucionaria.

LA FUNCIÓN DEL DIRIGENTE

Pero Lenin ha muerto. El coloso abandonó su obra hace ya algún tiempo. ¿Qué significa esto para nosotros? ¿Qué lugar ocupan los dirigentes en el conjunto de nuestro movimiento y qué concepto tenemos de su función? ¿Cuáles serán las consecuencias de la desaparición de un dirigente tan excepcional para la acción del partido comunista ruso y la Internacional Comunista, y para el conjunto de la lucha revolucionaria mundial? Antes de terminar este largo discurso, valoraremos un poco este importante problema.

Hay quienes truenan contra los dirigentes, quienes creen que sobran y describen o sueñan una revolución "sin jefes". El mismo Lenin ilumina con su nítida crítica esta cuestión, despejándola de todo confucionismo superficial. Existen, como realidad histórica, las masas, las clases, los partidos y los dirigentes. Las masas están divididas en clases, las clases están representadas por partidos políticos, y éstos son dirigidos por unos líderes: esto es bastante sencillo. Concretamente, el problema de los jefes ha tomado un aspecto especial en la II Internacional. Sus dirigentes parlamentarios y sindicales habían fomentado los intereses de ciertas categorías particulares del proletariado, a quienes tendían a otorgar determinados privilegios a través de compromisos contrarrevolucionarios con la burguesía y el Estado.

Estos jefes terminaron rompiendo los lazos que aún les unían al proletariado revolucionario, acercándose cada vez más al carro de la burguesía. En 1914 se reveló abiertamente que habían dejado de ser instrumentos de la acción proletaria para convertirse en puros y simples agentes del capitalismo. Esta crítica y la justa indignación contra ellos no nos deben llevar a negar la existencia de los líderes ni en los partidos ni en la Internacional revolucionaria, si bien deben ser jefes muy distintos a aquellos. Que las funciones directivas se transforman automáticamente, cualquiera que sea la organización y sus relaciones, en una forma de tiranía o de oligarquía, es un argumento tan trillado y descabellado que hasta Maquiavelo, hace cinco siglos, nos ofrece en *El Príncipe* una crítica clara de este planteamiento. Es cierto que el problema que se le plantea al proletariado, no siempre fácil de resolver, es el de tener unos jefes que no cumplan sus funciones de manera arbitraria ni traicionen los intereses de clase. Pero no es menos cierto que este problema no se resuelve obstinándose en no verlo, o pretendiendo evitarlo aboliendo los jefes, medida que nadie sabría además decir en qué consiste.

El materialismo histórico estudia el problema de la función de los líderes sacándolo decididamente de los estrechos límites en los que lo encierra la concepción individualista vulgar. Para nosotros un individuo no es una entidad, una unidad cerrada y separada del resto, una máquina que funciona con su propia energía o con la que supuestamente le da una potencia creadora divina o no importa qué otra abstracción filosófica, sea la inmanencia, el espíritu absoluto u otros galimatías parecidos. Las manifestaciones y funciones del individuo las determinan las condiciones generales del medio, la sociedad, así como la historia de ésta. Lo que se elabora en el cerebro de un hombre se ha ido preparando en sus relaciones con otros hombres y en las actividades, también de naturaleza intelectual, de otros hombres. Algunos cerebros privilegiados y entrenados, máquinas mejor construidas y perfeccionadas, saben traducir, expresar y reelaborar mejor ese patrimonio de conocimientos y de experiencias que no existiría si no se apoyara sobre la vida de la colectividad. El líder, más que inventar, lo que hace es revelar las masas a sí mismas, haciendo que éstas puedan reconocer mejor cuál es su situación respecto al mundo social y el devenir histórico. Y logra que las masas expresen en fórmulas externas exactas su tendencia a actuar en este sentido, determinado por los condicionamientos de los factores sociales entre los cuales la economía es la que explica en última instancia todo este mecanismo. Así pues, la mayor aportación del materialismo histórico marxista, como solución genial al problema del determinismo y de la libertad humana, radica en haber sacado este análisis del círculo vicioso del individuo aislado del ambiente y haberlo llevado al estudio experimental de la vida de la colectividad. De manera que la verificación del método determinista marxista que llevan a cabo por los hechos históricos, nos permite concluir que nuestro punto de vista objetivo y científico en el examen de estas cuestiones es correcto, aunque la ciencia en su actual grado de desarrollo no sea capaz de decirnos cómo se expresan en procesos psíquicos colectivos e individuales las determinaciones somáticas y materiales que se ejercen en los organismos humanos.

El cerebro del líder es un instrumento material que funciona gracias a los lazos que le unen a toda la clase y al partido; las formulaciones que el jefe da como teórico y las normas que prescribe como dirigente práctico, no son creaciones propias, sino la materialización de una conciencia cuyos materiales pertenecen a la clase-partido y son producto de una vastísima experiencia. No siempre todos los elementos de esta experiencia aparecen en el jefe bajo la forma de una mecánica erudición, de suerte que podamos explicarnos de forma realista ciertos fenómenos intuitivos que a veces se toman vulgarmente como adivinaciones, pero esto, lejos de probarnos la trascendencia de tales individuos sobre las masas, nos confirma que el líder es el instrumento del pensamiento y la acción común, y no su motor.

El problema de los dirigentes no se puede plantear del mismo modo en todas las épocas históricas, porque sus factores se modifican y evolucionan. Debemos abandonar las concepciones aspiran a resolver estos problemas con los elementos inmanentes y eternos de los hechos espirituales. Nuestro concepto de la historia del mundo asigna un lugar especial a la victoria de clase del proletariado, primera clase que poseyendo una teoría exacta de las condiciones sociales para esta victoria y el conocimiento de su propio objetivo histórico, "sacando de la prehistoria a la humanidad", organizará el dominio del hombre sobre las leyes económicas. Del mismo modo, la función del líder proletario es un fenómeno nuevo y original en la historia. Y por eso podemos reírnos de aquellos que citan las prevaricaciones de Alejandro o de Napoleón. Volviendo a la brillante figura de Lenin, éste no ha vivido en el período que en un futuro se denominará como el clásico de la revolución proletaria, en el que esta clase desplegará toda su fuerza para aterrorizar a los filisteos; sin embargo su biografía presenta características nuevas, y los clichés históricos tradicionales acerca de la codicia de poder, la ambición o el satrapismo pierden todo significado al compararlos con esta vida recta y sencilla, hasta en los más pequeños detalles de su comportamiento personal.

Los dirigentes son los que saben más y los que más eficazmente razonan el pensamiento de la clase y quieren la voluntad de la clase, un pensamiento y voluntad que son producto necesario de unos factores históricos sobre los cuales ellos edifican su obra. Lenin ilustra de manera extraordinaria todo esto. Hemos repasado su obra porque nos permite comprender maravillosamente la dinámica colectiva que para nosotros, marxistas, empuja a la historia; pero no somos de esos que admiten que su presencia condicionó el proceso revolucionario que él lideró, y mucho menos que su desaparición deba detener el avance de la clase obrera.

La organización del partido que permite verdaderamente a la clase ser y vivir como tal, se presenta como un mecanismo unitario en el que varios "cerebros" (realmente no sólo los cerebros sino también otros órganos individuales) asumen tareas diversas según sus aptitudes y capacidad, siempre al servicio de un objetivo y de un interés que progresivamente se unifica cada vez más íntimamente "en el tiempo y en el espacio" (esta cómoda expresión tiene un significado empírico y no trascendente). No todos los individuos ocupan pues el mismo puesto, ni tienen el mismo peso en la organización, pero a medida que esta división de tareas se racionaliza (y lo que vale hoy para el partido-clase valdrá mañana para la sociedad) cada vez será más difícil que los que están a la cabeza se conviertan en privilegiados comparados con el resto. Nuestra evolución revolucionaria no va hacia la desintegración, sino hacia una relación cada vez más científica entre los individuos.

Esta relación es anti-individualista en la medida en que es materialista; no cree en el alma o en un contenido metafísico y trascendente del individuo, sino que inserta sus funciones en un cuadro colectivo, creando una jerarquía que poco a poco sustituirá la coerción por la técnica racional. El partido es ya un ejemplo de esa colectividad sin coerción.

Estos elementos generales de la cuestión muestran que nadie ha sabido superar como nosotros las banalidades del igualitarismo y la democracia "numérica". Si para nosotros la base de la actividad es la colectividad y no el individuo, ¿qué valor puede tener para nosotros la cantidad en bruto de individuos? ¿Qué significan para nosotros las palabras democracia o autocracia? Ayer disponíamos de un "campeón" de clase excepcional, dirían los deportistas, y podíamos situarle en la cima de la pirámide jerárquica. Hoy esta máquina humana ya no existe, pero el mecanismo puede seguir funcionando con una jerarquía distinta; en

la cumbre habrá un órgano colectivo, constituido, se entiende, por elementos escogidos. La cuestión no se nos plantea en términos jurídicos, sino técnicos, y no se resuelve con los sofismas del derecho constitucional, o aún peor, del derecho natural. No hay razón de principio que nos obligue escribir la palabra "jefe" o "comité de dirigentes" en nuestros estatutos. De esta premisa parte la solución marxista a la cuestión de la elección: elección hecha sobre todo por la historia dinámica del movimiento y no por la banalidad de las consultas electorales. Si preferimos no escribir en las normas organizativas la palabra "jefe" es porque no siempre tendremos en nuestras filas individuos con la fuerza de un Marx o un Lenin. En conclusión, si existe ese hombre, ese "instrumento" excepcional, el movimiento lo utilizará; pero el movimiento vivirá de igual modo si aquel no existe. Nuestra teoría del dirigente está muy lejos de las estupideces con la que las teologías y políticas oficiales demuestran la necesidad de los pontífices, de los reyes, de los "primeros ciudadanos", de los dictadores, y de los "Duces" o "Caudillos", pobres marionetas que ellos se imaginan que son los que hacen la historia.

Más aún, este proceso de elaboración de los materiales pertenecientes a una colectividad, que vemos realizarse en la a persona del dirigente, el cual extrae de la colectividad unas energías que devuelve potenciadas y transformadas, no se corta con su desaparición. La muerte física de Lenin no significa en modo alguno el fin de su función de dirigente, si, como hemos demostrado, el material por él elaborado sigue siendo alimento vital de la clase y del partido. En este sentido exclusivamente científico, e intentando guardarnos en la medida de lo posible de misticismos y exageraciones literarias, podemos hablar de inmortalidad. Y dada la particular importancia histórica de Lenin y de su labor, podemos señalar que tal inmortalidad supera ampliamente a la de los héroes tradicionales de los que nos hablan la mística y la literatura.

La muerte no es para nosotros el eclipse de una vida intelectual, puesto que ésta no se fundamenta tanto en las personas como en la colectividad, sino un puro hecho físico científicamente valorable. Desde luego que las funciones cerebrales se detienen para siempre con la muerte, y nosotros no creemos en un espíritu desencarnado de Lenin que supuestamente planea sobre nuestras cabezas. Esta potente y admirable máquina ha desaparecido para siempre; pero tenemos la certeza de que su función continúa y se perpetúa en los órganos de combate que él dirigía. La autopsia nos mostró cómo murió, mediante un progresivo endurecimiento de los vasos cerebrales, sometidos a una excesiva e incesante presión. Ciertos mecanismos de altísima potencia tienen una vida mecánica breve; su excepcional esfuerzo entraña su precoz inutilización.

Ese proceso fisiológico que ha matado a Lenin se debe al titánico trabajo que se impuso en los años decisivos, que se vio obligado a imponerse, pues la función colectiva exigía el mayor rendimiento a este órgano de trabajo, y no podía ser de otro modo. Antes de que las resistencias que se oponían a la labor revolucionaria agotaran este magnífico aparato, ya había despedazado los puntos vitales de la materia adversa sobre la que trabajaba.

El propio Lenin decía que la lucha no termina con la victoria política del proletariado; que muerta la burguesía, no podemos deshacernos sin más de su monstruoso cadáver, pues permanece y se descompone entre nosotros, mientras sus pestilentes efluvios impregnan el aire que respiramos. Estos productos venenosos, en sus múltiples formas, han podido con el mejor de los artífices revolucionarios. Había que desplegar un enorme trabajo para afrontar las intervenciones militares y políticas de la reacción mundial y las tramas de las sectas contrarrevolucionarias, para salir de las atroces estrecheces del hambre provocada por el bloque capitalista. Lenin no podía economizar su organismo. A esto hay que añadir los disparos de revólver de la socialrevolucionaria Dora Kaplan, que han contribuido a abreviar su vida. Esforzándonos en ser dignos de la objetividad de nuestro método, sólo echando mano a los fenómenos de patología social podemos explicar algunas actitudes tan insultantes e insensatas, pues de otro modo serían incomprensibles. Nos referimos a algunos anarquistas italianos que han comentado la desaparición del mejor luchador de la clase revolucionaria bajo el título: "¿Luto o fiesta?" También éstos son fermentos de un pasado que debe desaparecer: el futurismo paranoico ha sido siempre una de las manifestaciones de las grandes crisis. Lenin

se ha sacrificado luchando contra estas supervivencias que lo rodeaban, incluso en la triple fortaleza de la primera revolución triunfante; la lucha será aún larga; pero finalmente el proletariado vencerá, alejándose de las múltiples y piadosas exhalaciones de un estado social de desorden y servidumbre, así como de su desagradable recuerdo.

LAS PERSPECTIVAS FUTURAS

Al morir Lenin se presenta ante nosotros un interrogante, y no lo esquivaremos. ¿Ha fallado la gran previsión de Lenin? ¿Se ha aplazado la crisis revolucionaria que esperábamos junto a él?, ¿durante cuánto tiempo?

No es la primera vez que los marxistas oímos como se nos reprocha que las previsiones revolucionarias "catastróficas" de nuestros maestros han sido desmentidas por los hechos. Sobre todo en las obras de los socialistas oportunistas se enumera con complacencia todas las veces que Marx esperó la revolución sin que ésta llegara.

En 1847, en 1849, en 1850, en 1862 y en 1872, Marx repite su convicción que la crisis económico-política del capitalismo de aquella época se resolvería en la revolución social. Los oportunistas se dedican a extraer citas más o menos exactas de las obras teóricas de ese corpus complejo de materiales que es el marxismo. Naturalmente estos críticos son los mismos que luego querrían servirnos un Marx reformista y pacífico; sin decirnos como puede conciliarse este Marx con el que anuncia, precipitado e impaciente, catástrofes apocalípticas. Pero dejemos a estos críticos, y veamos qué podemos decir del delicado argumento de la previsión revolucionaria.

Si consideramos la actividad de un partido marxista en su aspecto puramente teórico de estudio de la situación y de su desarrollo, debemos ciertamente admitir que, si esta elaboración alcanza su máxima precisión, debería ser posible, al menos en las líneas más generales, decir si se está más o menos cerca de la crisis revolucionaria definitiva. Sin embargo, en primer lugar, las conclusiones de la crítica marxista están en constante elaboración a medida que el proletariado se transforma en una clase cada vez más consciente, y aquel grado de perfección no es más que un límite al que debemos aproximarnos. En segundo lugar nuestro método, más que formular profecías en toda regla, aplica de forma inteligente el determinismo para establecer unos enunciados en los que las tesis están condicionadas por ciertas premisas. Más que saber lo que sucederá, nos interesa saber cómo se desarrollará un determinado proceso cuando se verifiquen ciertas condiciones, y qué ocurrirá si esas condiciones cambian. La afirmación fundamental de Marx y de Lenin, que nosotros reivindicamos y los hechos no han desmentido, es la de que el capitalismo moderno crea él mismo las condiciones necesarias para la revolución proletaria, y que cuando ésta llegue, no podrá más que seguir un cierto proceso cuyas grandes líneas podemos conocer gracias una vasta crítica, fundamentada en la experiencia.

Si quisiéramos volver a la cuestión de cómo puede acelerarse este proceso por parte del partido proletario, no nos sería difícil llegar a la siguiente conclusión. El partido debe saber prepararse para saber qué hacer en las más distintas eventualidades, pero puesto que es un factor empírico de la historia y no el guardián de la verdad absoluta, algo que para nosotros no existe como un *nec plus ultra*, al partido no sólo le interesa "saber" que cuando la revolución llegue tendrá que actuar de forma adecuada y estar preparado para todas las tareas, sino "creer" que la revolución llegará lo antes posible. La actividad del partido debe estar íntimamente penetrada por su objetivo, la revolución total, incluso mucho antes de que ésta se produzca; por tanto, podemos decir que es "útil" que las previsiones revolucionarias se anticipen algo a los acontecimientos, siempre que naturalmente esto no implique errores groseros en la apreciación inmediata de la correlación de fuerzas.

La historia nos demuestra que quienes no han creído en las revoluciones nunca las han hecho; y quienes tantas veces las han esperado como inminentes, a menudo, si no siempre, las han visto realizarse. Es

cierto que nuestro movimiento es el menos interesado en presentar el objetivo final como un mito, motor y determinante de la acción, pero no es menos cierto que considerando de manera objetiva y marxista la formación de una psicología de las masas y también de los líderes, esta exageración de las probabilidades revolucionarias puede ser útil, en condiciones adecuadas.

No estamos diciendo que un dirigente comunista deba asegurar siempre la inminencia de la revolución aunque sepa que es imposible. Todo lo contrario, debe evitar esa peligrosa demagogia y sobre todo aclarar las dificultades que presentan los problemas revolucionarios. Pero en cierto sentido la perspectiva revolucionaria debe ser reavivada en la ideología del partido y de las masas, así como en el espíritu de los propios dirigentes, aproximándola en el tiempo.

Marx vivió esperando la revolución, por lo que siempre estará fuera del alcance de las injurias revisionistas. Después de 1905, cuando los mencheviques desesperaban de la revolución proletaria, Lenin la esperaba para 1906. Y se equivocó, pero lo importante para los trabajadores no sólo es que este error no llevó a un desastre estratégico, sino que aseguró la independencia del partido revolucionario; e incluso cuando, con retraso, llegó la revolución, Lenin supo colocarse a la cabeza, mientras los mencheviques se pasaban vergonzosamente al enemigo.

Uno o varios errores de este tipo no empujan a la figura de Marx, y mucho menos la de Lenin, que ha hecho "catar" a la burguesía lo que es una verdadera revolución. Dejemos a los patrones y los reformistas, o a los anarquistas, hablar de que "no hubo una revolución", lo único que hacen es el ridículo ante los proletarios.

En resumen, prever la fecha de la revolución sólo tiene una importancia secundaria; es un postulado necesario para la agitación y la propaganda; es una hipótesis parcialmente arbitraria como todas las que debe imponerse cualquier ejército a la hora de preparar sus planes, anticipándose a los movimientos del enemigo y a otras circunstancias independientes de la voluntad de quien lo dirige.

¿Qué perspectivas se nos plantean hoy? Los comunistas de todo el mundo reivindican la tesis de Lenin de que la guerra mundial ha abierto la crisis revolucionaria "final" del mundo capitalista. Puede haber errores secundarios a la hora de valorar la rapidez de esta crisis y la rapidez con la que el proletariado mundial podrá aprovecharse de ella. Pero esta tesis sigue esencialmente en pie, pues los hechos en los que se basa no han cambiado.

Es posible que atravesemos una fase de depresión de la actividad revolucionaria, no en el sentido de una estabilización del orden capitalista, sino en el sentido de que la combatividad revolucionaria será menor o tendrá menos éxito. Precisamente por no desmentir la valoración esencial de Lenin, esto nos expone al peligro de una fase de actividad oportunista.

En el preámbulo de *El Estado y la revolución* el propio Lenin dice que es inevitable que los grandes revolucionarios sean falsificados, como le sucedió con Marx y a sus mejores seguidores. ¿Escapará Lenin a este destino? Seguro que no, si bien es cierto que este intento tendrá poco eco entre las filas del proletariado, que por instinto seguirá asociando el nombre de Lenin no con la palabra desconfianza, sino con la generosa incitación al combate. Hoy podemos ver como todos los burgueses del mundo tratan de consolarse del espanto que les causó la solidez del régimen soviético (de la que se han dado cuenta con el luto de cientos de millones de hombres al anunciarse su muerte y con unas manifestaciones sin precedentes en la historia), describiendo un Lenin distinto de su ideología, de su causa, de su bandera, un Lenin vencedor, sí, pero por haber sabido recular en una parte del frente, por haber abandonado partes fundamentales de su programa. Rechazamos estos cumplidos engañosos: el mejor revolucionario no necesita la aprobación de sus adversarios, ni concesiones por parte de los escribas de la prensa del capital. No creemos en la sinceridad de estos homenajes de la clase enemiga, y no vemos en ellos más que un nuevo intento de echar abajo la ideología del proletariado. En torno al féretro de Lenin se une el ardiente fervor de millones de proletarios

de todo el mundo, y el odio, aunque no siempre manifiesto, de la canalla capitalista, a quien él hizo sentir en sus propias carnes el aguijón de la revolución, el implacable buril que buscará su corazón hasta encontrarlo.

Esta hipócrita actitud del pensamiento burgués, preludia con toda seguridad otros intentos de falsificación, procedente de sectas políticas más o menos cercanas a nosotros, contra los que los futuros militantes deberán combatir; y si no es posible hacerlo con la misma genialidad que mostró Lenin en su defensa de los maestros del marxismo, que al menos sea con la misma resolución.

No podemos analizar aquí la actual situación mundial, ni siquiera esbozarla. Estamos ante un retroceso de las fuerzas de la clase obrera en muchos países, en algunos de los cuales predominan formaciones de tipo fascista. Y no somos tan ingenuos como para oponer a esos países, además de la gran y gloriosa Unión Soviética de Rusia, aquellos en los que la izquierda burguesa y la socialdemocracia, con sus respectivos MacDonald y Vandervelde nacionales, preparan nuevas "hazañas". La ofensiva capitalista ha sido y es un hecho internacional que intenta conseguir la unificación de las fuerzas antiproletarias para enfrentarse política y militarmente a las amenazas revolucionarias, para reducir todo lo posible las condiciones económicas y de vida de la clase trabajadora.

Pero si bien, en grandes líneas, se trata del intento burgués de suplir con esta disminución de la retribución del trabajo las pérdidas causadas por la guerra a la masa de las riquezas, el propio éxito de la ofensiva política en muchos países y sus resultados desde el punto de vista de la economía mundial nos confirman que la desorganización del sistema burgués es irreparable. Los aparentes renacimientos y todos los expedientes que se han intentado no conducen sino a nuevas dificultades e insolubles contradicciones. Todos los países del mundo se encaminan hacia una nueva depresión económica. Por no citar más que un ejemplo, asistimos a la disolución del poder financiero de Francia, baluarte político de la reacción internacional, como fruto de la crisis de las reparaciones de guerra. No podemos decir que la economía italiana vaya mejor, e incluso aunque tuviera razón la estúpida propaganda que afirma lo contrario, esto no modificaría el cuadro general. Pero todos sabemos que en Italia no sólo es el proletariado, sino también las clases superiores las que atraviesan un período de malestar y de tensión económica que se agrava cada día. En Italia existe un aparato político que se esfuerza más que ningún otro por cargar todo el peso de la crisis sobre las espaldas de las clases trabajadoras, protegiendo sobre todo los intereses de las capas sociales más altas, industriales y agrarias.

La contraofensiva burguesa es para nosotros la prueba de que la revolución es inevitable, y hasta las clases dominantes son ya conscientes de ello. La superioridad de la doctrina marxista se hace tan evidente que hasta las clases adversarias se dan cuenta de su validez, y actúan en consecuencia a pesar de los continuos abortos doctrinales y restauraciones ideológicas que ponen en circulación para uso de las multitudes. Si pudiéramos examinar los medios con los que la burguesía ha intentado solucionar las famosas "previsiones catastróficas" que enuncian los teóricos del proletariado, veríamos que combina los engañosos expedientes de colaboración económica y política (cuyos abanderados eran, son, y serán los demócratas y los socialdemócratas) con el método del contraataque abierto y las expediciones punitivas. Esto demuestra que la reacción está echando mano a todos sus recursos y pronto no tendrá ya nada que oponer a su inevitable quiebra, aunque antes que la victoria de la revolución prefiera la quiebra, junto al régimen burgués, de toda vida social humana.

Aquí no podemos avanzar como se desarrollará esta quiebra, y como repercutirá en la formación de las falanges de lucha del proletariado, que son objeto de la violencia y las insinuaciones del adversario. Pero toda nuestra experiencia, la doctrina que la clase obrera extrae de ella y la colosal contribución que el propio Lenin aportó a esta obra titánica, nos llevan a concluir que no asistiremos a una estabilización duradera del capitalismo privado y del dominio burgués. A través de continuas sacudidas llegaremos, no sabemos cuándo, al fin que la teoría marxista y el ejemplo de la revolución rusa nos señalan.

Quizá Lenin no haya calculado bien la distancia que nos separa de este objetivo histórico; pero nosotros estamos autorizados a sostener, con una formidable batería de argumentos, que en su

atormentado camino, la historia futura “pasa por Lenin”, es decir, reproducirá las fases revolucionarias del proyecto marxista que él ha restaurado en la teoría y confirmado en la práctica.

Esta es la inmutable postura que asumimos ante cualquier momentáneo predominio de las fuerzas adversarias, igual que ante cualquier eventual y futuro intento de desvío revisionista.

Las armas teóricas, políticas y organizativas que Lenin nos ha legado se han probado en la batalla y en la victoria, están lo bastante templadas como para defender con ellas la obra de la revolución: su obra.

La obra de Lenin ilustra brillantemente cuál es nuestra tarea. Y siguiendo su admirable ejemplo, también nosotros, el proletariado comunista mundial, demostraremos que los revolucionarios saben arriesgarlo todo en el momento supremo, del mismo modo que sabrán esperar en las atormentadas vigiliias, sin traicionar, sin vacilar, sin dudar, sin desertar ni abandonar por un momento la grandiosa obra de demolición del monstruoso edificio de la opresión burguesa.